

## **Lucille conoce a las Hadas del Pensamiento**

**Por, Marty Hill Leach**

### **Dedicatoria**

El amor por los niños, unido a una sensibilidad hacia las verdades más profundas de la vida, permitió a los autores de estos cuentos, publicados a lo largo de los años en Rayos de la Rosa Cruz, expresar de forma atractiva muchas facetas de la sabiduría de la Naturaleza. A estos amigos les dedicamos con gratitud Cuentos de la Era de Acuario para Niños.

Muchos niños y niñas conocen a los "seres pequeños" y otras fuerzas de la Naturaleza mencionadas en estos cuentos. Esperamos que muchos otros se animen a conocerlos leyendo este pequeño libro.

Lucile y Anne eran primas. Lucile estaba de visita en casa de Anne, ¡y se lo estaban pasando de maravilla! Anne era dos años mayor que Lucile, más alta y más fuerte. Pero era muy amable con su prima menor. La manzana más grande, el melocotón más jugoso y el pastel con más glaseado siempre iban para Lucile. Lucile montaba el poni de Anne y jugaba con sus muñecas y vajilla. Incluso cuando rompió uno de los pequeños platos de porcelana de Anne, Anne no se enfadó.

Pero al final, Lucile y Anne se pelearon. Querían jugar a la maestra, pero cada una creía que debía ser la maestra. Anne pensaba que debía ser la maestra porque era la mayor, y Lucile pensaba que debía ser la maestra porque sí, sin más.

Así que se pelearon. Y Anne se tumbó en la hierba suave bajo el manzano y lloró hasta quedarse dormida. Lucile yacía en la suave hierba bajo el melocotonero, sumida en pensamientos furiosos y malvados sobre Anne.

De repente, se sobresaltó al ver una gran multitud de criaturas diminutas, feas, enanas y deformes a su alrededor. Todas le sonreían con malicia, y ella escondió el rostro aterrizada. La criatura más espantosa de todas, que parecía ser la líder, le habló con voz áspera y ronca:

«Somos las Hadas del Odio, Lucile», dijo. «Nuestro trabajo consiste en llevar pensamientos de odio y pensamientos crueles y despiadados de una persona a otra. Hemos tenido que trabajar muy duro esta tarde llevando ese tipo de pensamientos de ti a Anne y de Anne a ti. Ahora irás a la tierra de las Hadas del Odio, y allí deberás vivir hasta que encuentres la salida».

Lucile intentó gritar y huir, pero no pudo, y sintió que la multitud de criaturas oscuras y sonrientes la arrastraba. Entraron en una cueva oscura que parecía estar en el corazón de la tierra. El aire dentro de la cueva era frío y húmedo, y Lucile temblaba y deseaba ver un pequeño rayo de sol. No había luz en la cueva, pero Lucile podía ver los rostros pálidos de los enfermos brillando en la oscuridad.

«La gente que habita en la tierra del odio y la ira suele estar enferma», dijo el líder, que estaba cerca de Lucile. «Y lloran, ¿sabes? Nunca son felices».

«¿Me enfermaré y seré miserable como esta gente?», preguntó Lucile con temor.

«Si te quedas aquí mucho tiempo, sí», respondió el líder. «Y cuanto más tiempo te quedes, más difícil será encontrar la salida. Esta cueva se vuelve cada vez más profunda, más oscura y más alejada del sol, la salud y la felicidad».

«¡Ay, Dios mío!» —¡Ay! —gritó Lucile, y entonces un hada malvada y espantosa se acercó a ella, pues pensaba: «Bueno, tal vez Ana también tenga que venir, y entonces estará enferma y triste, y yo me alegraré».

Antes de que pudiera terminar de pensar, el hada la agarró del brazo y la arrastró aún más adentro de la oscura cueva. Lucile estaba muy asustada. ¿Cómo iba a salir de allí? No podía, no quería, quedarse.

—¿Por qué no salieron los demás? —se preguntó. Se volvió hacia el líder y, dando un pisotón furiosa, le exigió que la sacara de la cueva de inmediato.

—Debes encontrar la salida tú misma —dijo él con calma—. Esos desgraciados podrían salir si quisieran, pero prefieren quedarse aquí. No harán lo único que los liberaría.

—¿Qué es? —gritó Lucile—. Yo lo haré. Pero las hadas solo le sonrieron con su fealdad característica.

En ese instante, Lucile vio a Ana. Ana tenía el rostro muy triste y estaba llorando. De repente, Lucile sintió lástima por Ana. Corrió hacia su prima y la abrazó. Y un pequeño rayo de luz pareció brillar por un momento en la oscura cueva.

«Oh, Ana», Lucile también lloraba ahora, «Oh, Ana, estás enferma y estás triste, y lo siento mucho. Has sido tan buena conmigo. ¡Cuánto te quiero, Ana!».

Al instante, algo sucedió. Lucile oyó a las Hadas del Odio lanzar un fuerte grito de terror mientras desaparecían en la oscuridad más allá de ella. Entonces se vio rodeada de criaturas maravillosamente hermosas con grandes alas blancas y brillantes bandas alrededor de la frente.

«Somos las Hadas del Amor», dijo una de ellas, «y hemos venido a llevarte a un lugar más feliz que este.

Pero no podíamos venir hasta que encontraras la llave mágica que te liberaría del hechizo de estas malvadas criaturas y abriría la puerta de la cueva».

[11/4, 10:52 a. m.] Adriana Z: ¿A qué te refieres con la llave mágica? —preguntó Lucile con curiosidad.

—Las palabras «Te amo», ya sean pensadas o dichas en voz alta, son la llave mágica que abre de par en par la pesada puerta y nos permite llevarte a la luminosa tierra de las Hadas

del Amor. Las Hadas del Odio nos temen mucho, pues somos más fuertes que ellas. Por cierto, el terrible gigante Miedo vive un poco más adelante, en esta cueva, pero jamás viene a nuestro feliz país. Pero vamos, vámonos de aquí.

Lucile y Anne siguieron a estos seres maravillosos (pues la bondad de Lucile también había rescatado a Anne; suele suceder así) y pronto llegaron a una cálida y soleada colina donde pajaritos, alegres y sin miedo, cantaban y volaban. Había multitud de flores fragantes, y todos estaban sanos, sonrientes y felices. Esta tierra de las Hadas del Amor era muy agradable, y Lucile decidió quedarse para siempre.

Entonces, Lucile se sentó en la suave hierba bajo el melocotonero y Anne se sentó en la suave hierba bajo el manzano. Lucile sonrió y Anne sonrió.

—Juguemos a la escuela —dijo Lucile—, y tú puedes ser la maestra.

—No, en absoluto —dijo Anne—, tú serás la maestra.

Ambas rieron, y Lucile resolvió el asunto con ingenio.

—Bueno, vamos a hacer caramelos y a repartirlos a partes iguales. Y así lo hicieron.

Y después, cada vez que Lucile pensaba en ello, no podía evitar preguntarse si su aventura con las hadas del pensamiento había sido un sueño o... no. ¿Qué opinas?